

UN LIBRO DE DESCUBRIMIENTO DE AB



AFEITADO PARA LA INFANCIA

COLIN MILTON

Afeitado para la infancia



Un golpecito en el cristal de la ventana interrumpió mis pensamientos mientras esperaba en el coche la hora asignada para ir a la guardería. Estaba nerviosa, pero a la vez muy emocionada por lo que me deparaba el futuro inmediato.

Me giré y vi a mi hermosa mamá, enmarcada por una ventana de guillotina, sonriendo y haciéndome señas para que volviera a la habitación de los niños y a su control. Obedecí rápidamente y Daphne, la criada de mamá, abrió la puerta y me condujo a la sala de estar, donde mi preciosa mamá me esperaba. Sé que ya lo he dicho antes, pero la belleza de mamá me asombra de nuevo cada vez que la veo. Mi instinto me dice que me arrodille de inmediato en su presencia. Siento que no merezco estar a su mismo nivel físico. Mamá me sonrió con indulgencia y disfruté de la calidez de esa sonrisa y de estar a su lado una vez más. Me sentí segura y a salvo, sabiendo que muy pronto estaría realmente segura en los brazos de mamá. Era más que una mujer más, una mujer hermosa. Era mi mamá, mi madre, y yo reaccionaba ante ella exactamente como un bebé reaccionaría ante su madre.

Mamá señaló un objeto en la mesita que nos separaba. Era, explicó, un monitor para bebés, diseñado para que las madres estuvieran siempre al tanto de cómo estaban sus pequeños. La mayoría de los monitores simplemente alertan a las madres del llanto de su bebé mediante sonidos, pero este monitor permitía a mamá no solo oírlo, sino también vigilarlo en la habitación infantil. Incluso si todo estaba en silencio en la habitación infantil, mamá podía observar cada movimiento para asegurarse de que el bebé no hiciera travesuras. El monitor, continuó, ya estaba instalado y, una

vez en la cuna, podría observarme y oírme desde abajo. Tragué saliva ante esta nueva situación. Mi condición de bebé se había reafirmado aún más y me parecía bien. Cuando mamá no estaba, se esperaba que siguiera comportándose como un bebé pequeño. Cualquier falta de acción infantil percibida podía merecer un castigo. Pero para mí, ser un bebé era natural y normal, así que esto no era una imposición. Mientras aún asimilaba esto, mamá se levantó y me indicó que la siguiera a la habitación infantil. De buena gana la seguí y tomé su mano extendida, aceptando con gratitud el estímulo que me ofrecía.

Una vez en la guardería, me mostraron la cuna y el cambiador que habían preparado para mí. Mamá me dijo que tenía muchas cosas que hacer conmigo antes de que me cambiaran el pañal, me vistieran y me alimentaran. No sabía qué esperar, pero presentía que hoy iba a estar sujetada a un control aún más estricto de lo habitual. Mamá me dijo que me quitara mi *ridícula ropa de adulta*, ya que no tenía por qué vestirme así. Me observó atentamente mientras me quitaban y me quitaban cada prenda de ropa, y se deleitó en decirme que irían a una bolsa de basura negra y que su criada tenía instrucciones firmes de deshacerse de ellas, ya que yo, su bebé recién nacida, ya no las necesitaría. Tenía pañales, pantalones de plástico y goma, pijamas y mamelucos para que me los pusiera. Mamá señaló la esquina de la habitación y me dijo que me metiera y me sentara frente a ella con las piernas abiertas *como un bebé*.

Di dos pasos, pero mamá me dijo bruscamente que me pusiera en cuatro patas y *gateara como el bebé que eras*.

instante me sentí como un niño pequeño o incluso un bebé. Caí al suelo y arrastré junto a las piernas de mamá, rozándolas ligeramente, y me senté en un rincón, mirando fijamente mientras mamá me observaba. Intenté observarlo todo. Vestía elegantemente, como siempre. Una auténtica belleza. Principalmente de negro, con un corsé rojo escarlata que le ceñía la

cintura. Sus botas tenían tacones que la hacían escultural al elevarse sobre mí. Los tacones parecían excepcionalmente puntiagudos y mamá disfrutaba provocándome mientras se metía entre mis piernas y luego sus tacones rozaban deliberadamente mi pene y mis testículos. La insinuación era clara: yo era suya para hacer conmigo lo que quisiera, cuando quisiera.

“Cierra los ojos, cariño.”

Obedecí. Sentí su mano acariciarme la cara. Sus dedos rodearon mis labios. Sentí una ligera presión en mi labio inferior, y abrí la boca y acepté con avidez su dedo para chuparlo.

Se rió suavemente y se burló de mí: "¡Qué bebé! Siempre necesita mamar. ¡Los bebés son tan lindos y tan dependientes!"

La textura de su suave piel contra mi lengua y la sensación de su mano en mi mejilla mientras la succionaba me impulsaron a inclinar la cabeza hacia su hombro. Me arrulló suavemente y me besó la frente con ternura. Su mano libre se desplazó de mi mejilla a la nuca, acercándose a ella.

"Sshhhh", me tranquilizó.

La tranquilidad fue bienvenida. No quería que terminara nunca. Mamá retiró el dedo y me dijo que mantuviera los ojos cerrados y me sentara exactamente donde estaba. Tenía que ir a buscar algunas cosas, pero solo tardaría unos segundos. Dijo que podía verme en todo momento y que sabría si me movía o miraba. Oí el ruido de sus tacones al alejarse. Quería abrir los ojos; incluso mirar a mi mamá se sentía como una recompensa. Sin embargo, sé por experiencia que desobedecerla conlleva una corrección rápida: palmadas y azotes por encima de las rodillas. No es agradable, pero a veces es necesario, como me explicó mamá. Volvió a mí y me habló con suavidad y dulzura, explicándome que hoy mi entrenamiento incluiría elementos nuevos y más estrictos que intensificarían mi regresión y mi dependencia infantil de ella. Lo entendí y lo acepté.

Quiero que huelas esto. Es el pañuelo de seda de mamá.
Siente lo suave que es. ¿Puedes oler el perfume de mamá?

Inhalé y el aroma que he llegado a asociar con mi mamá envolvió mis sentidos. Respiré profundamente, deseando sumergirme por completo en ella, absorberme. Podía oír su suave risa al darse cuenta del efecto que este simple acto estaba teniendo en mí.

—Mamá te va a vendar los ojos, cariño. No quiero que veas nada por un rato. ¿Así que tendrás que escuchar a mamá con mucha atención? —Me ató el pañuelo alrededor de los ojos y lo ajustó a su gusto—. ¡Ahora no te atrevas a tocarlo o te daré una bofetada!

Hizo una pausa y esperé con ansia sus siguientes palabras. Fueron una gran sorpresa.

—Mamá necesita que te quedes quieto, así que tendrás que tener algo en la boca, ¿no? Te voy a amordazar con mis bragas usadas, bebé col-col.

Tragué saliva con dificultad. Nunca antes había experimentado esto en ninguna relación. Desde luego, nunca había considerado que mamá me considerara merecedora de estar tan cerca de algo que ella había usado. Nunca soñé que fuera posible.

“Abre la boca”, obedecí, intentando patéticamente no parecer demasiado entusiasta.

Sentí que me subían las bragas por la cabeza y que el refuerzo me lo metían con fuerza en la boca. Los dedos de mamá presionaban y forzaban el encaje hasta el fondo de mi boca.

—¡Ahora cierra la boca, pequeño, y chupa!

Chupé sus bragas como si me fuera la vida en ello. De repente, mamá me puso una especie de capucha en la cabeza y me la ató bajo la barbilla. La capucha era de una tela fina. ¿Quizás más lencería de mamá? Con cada respiración, aspiraba más de ella. Toda mi cara y cabeza estaban ahora cubiertas de su aroma.

Y ahora es el momento de tu nuevo collar. Tu nuevo collar para cachorro.

Sus palabras fueron como un rayo. Esta perspectiva me asustó, me emocionó y me llenó de inquietud. Había aceptado mi papel como su hijo pequeño destinado a una vida de pañales y control maternal, pero para ser reducido aún más al nivel de una mascota. Mis pensamientos se desbocaron: docenas de pensamientos en segundos. Un collar significará una correas. Una correas puede significar que lo paseen al menos por la casa y el jardín. ¿Comida? ¿Qué sería eso? ¿Un tazón para perros? ¿Conteniendo qué? ¿Un plato de agua tal vez para líquidos? ¿Juguetes para perros que chirrían? ¿Aprender y hacer trucos para mamá y quien ella decida enseñármelo? Todos estos pensamientos ocurrieron en los pocos segundos durante los cuales mamá se detuvo. Ella sabía muy bien lo que estaría pensando.

Sentí que extendía la mano detrás de mí y acepté de inmediato el suave cuero que me rodeaba el cuello. Levanté la barbilla y sentí que la hebilla se apretaba. Mamá pasó el dedo por el interior del collar para asegurarse de que me quedara bien. Entonces empezó a describírmelo.

Elegí este collar y correas para mi nuevo cachorro. Es rosa con lunares blancos. ¡Un collar y correas para cachorros muy cariñosos!

Nunca me había considerado una cobarde. Es cierto que a veces sentía —y demostraba— emoción cuando mamá me sugería vestidos de bebé, pero siempre me había imaginado siendo un niño vestido de azul bebé, limón o blanco. El rosa y los volantes de encaje me parecían territorio nuevo. Chupé con más fuerza el refuerzo de las bragas mientras mamá me abrochaba la correas al collar.

Vamos, cachorrito. A gatas y sigue a tu dueño.

Sentí un tirón firme en el collar y oí lo que parecían palmas de mamá en el muslo para animarla. Me emocioné

mientras corría tras ella. Me atrajo hacia su muslo izquierdo y se detuvo.

“¡Sentarse!”

Me senté y me apoyé en su pierna.

“¡Buen chico!”

Se agachó y me acarició la cabeza. Casi esperaba que me diera una galleta. Esta vez no fue así, pero es posible que sí en el futuro, a medida que mamá intensifique mi entrenamiento como su bebé y cachorro.

“¡Tacón!”

Otro tirón rápido de la correa y volví a caminar hacia los talones de mamá. No veía nada, así que tuve que mantener la cara pegada a su pierna para no chocar con nada. La alfombra bajo mis manos y rodillas me rozaba la piel, pero luego el calor de la alfombra dio paso a una fría dureza bajo mis extremidades. La voz de mamá parecía tener más eco. Estábamos en el baño. Mamá me acompañó por toda la habitación hasta que mi frente tocó la pared.

“¡Siéntate y quédate quieto!”

No podía ni quería moverme. Mamá regresó y me dijo que me girara para mirarla, así que me giré hacia donde provenía su voz. Sentí un fuerte tirón en la correa y me vi obligado a levantarme. Oí cómo la sujetaban a la pared detrás de mí. Me dijo que juntara las manos y las extendiera para que mamá las abrochara. Apenas pude avanzar un poco antes de que el collar me sujetara de nuevo. Mamá se acercó y sentí su mano en mi ingle. Le disgustó que tuviera vello púbico. Con calma, pero con un aire de suave amenaza, me explicó que me iba a afeitar. Por toda la zona del pañal, por delante y por detrás, y también entre las mejillas para que fuera más fácil limpiarme al cambiarme. Oí cómo llenaban un barreño de agua y luego abrían un paquete de cuchillas. Analizó cada sonido. Moví la cabeza intentando localizar el origen de cada

sonido. La voz tranquilizadora de mamá no estaba allí, solo el recuerdo de lo que estaba a punto de hacer. Oí que usaban un aerosol a pocos metros de mí y luego los pasos de mamá. Entonces sentí sus manos frotando mi ingle, extendiéndose... ¿Espuma de afeitar? ¿Crema depilatoria? No lo sabía, y las palabras de mamá de que esto me ayudaría a mantenerme sin vello no aclaraban lo que me estaba frotando. La espuma fría cubrió mis partes por completo.

Mamá me dijo que debía quedarme muy quieta, ya que tenía una navaja muy afilada en la mano. Esto dice mucho de la absoluta confianza que tengo en mi mamá: aunque no podía ver ni moverme, hice lo que me decía. Era por mi propio bien y era su deseo. Soy su bebé, y ahora su cachorrito con collar, ¿quién era yo para cuestionarla? De hecho, ¿quién soy yo? Con la guía de mamá, descubro más sobre mí misma en cada visita. Una vez que empezó a afeitarme, y la conversación se detuvo, sentí las manos de mamá estirando mi piel, acariciando la piel ya afeitada. De vez en cuando me estremecía, lo que provocaba una rápida reprimenda: "¡Quieta!". Mi emoción ante este trato era evidente para mamá. Durante los breves descansos regulares en los que enjuagaba la navaja, me encontraba arañando el suelo frío con los pies. Era una mezcla intensa y embriagadora de humillación y puro placer. Me di cuenta de que realmente me estaban tratando como a un animal, como a una mascota. Murmuré a través de la mordaza de mis bragas que me estaba tratando como a un animal. ¿Su respuesta?

"Por supuesto."

Estaba perdiendo la noción del tiempo. Realmente no sé cuánto tiempo tardó en afeitarme el frente. Finalmente llegó la orden de darme la vuelta y el proceso se repitió. Esta vez, sin embargo, la humillación se sintió aún más intensa, si es que eso era posible. Tuve que agacharme y abrir bien las piernas para que mamá pudiera limpiarme alrededor del ano. Tenía que haber "ningún pelo travieso allí en absoluto". Mientras me agachaba, mamá me dio golpecitos en los tobillos con los pies, indicando que

Afeitado para la infancia

no estaba satisfecha con mi postura y que tenía que exponerme más a ella. Sus dedos me exploraron y separaron mis mejillas y sentí la cuchilla rozando mi piel, dándome cuenta de que era la intención de mamá literalmente dejarme tan desnudo como el día que llegué a este mundo, como corresponde a su recién nacido. En algún momento , me azotó el trasero, me hizo llorar y me dijo que le rogara que dejara de afeitarme y que calmara mi piel irritada con crema para pañales. Una vez que estuve satisfecha con mis genitales y trasero, ahora sin pelo, mamá me explicó que me iba a tomar fotos para el álbum de fotos de bebé que estaba haciendo. Me gusta que me tomen fotos de bebé porque suele significar que está a mi lado, sosteniéndome o quizás dándome de comer. No hay sensación comparable. Normalmente no me permiten verlas porque "los bebés no entienden las fotos".

Mamá me dio unas palmaditas suaves y me dijo: "¡Ponte erguido! ¡Como un soldado!".

¿Cuántas veces había oído a madres diciéndoselo a sus hijos pequeños? Ahora me tocaba a mí que me llamaran así. Automáticamente me puse de pie, con los hombros hacia atrás. Mamá se apartó y oí correr el agua. Mamá estaba preparando la bañera. ¿Sería para mí? ¿Acaso era posible, ni en mis sueños más locos, que mamá me bañara? Seguí de pie, como me habían dicho. Moverme de esa posición habría sido una temeridad. Finalmente, mamá me soltó la correa del punto de sujeción y me ordenó que volviera al suelo. La correa se tensó y mamá me dijo que siguiera sus pasos. Corré hacia ella y sentí el firme tirón que me dirigía hacia donde quería. Sentí el calor de su muslo mientras me atraía hacia ella.

"¡Sentarse!"

Me senté.

"¡Buen chico!"

Sentí la mano de mamá en mi mejilla. Cerré los ojos y disfruté del momento. Mamá me quitó la capucha, la venda y la mordaza. Contemplé con asombro el baño que me habían preparado. Solo había unos centímetros de agua y muchísimas burbujas. Mamá me sujetó con cuidado y me metió en el agua, echando pequeños puñados sobre mi cuerpo. Me pusieron un patito de goma amarillo en la mano y, como mamá esperaba, fue directo a mi boca. Sonrió y, sin dejar de observarme, se enjabonó las manos y, con una esponjita suave para bebés, empezó a lavarme el cuerpo a fondo. Mientras me enjuagaba con puñados de agua, recogió algunas burbujas en la mano, me puso un poco en la cabeza y se rió. Las burbujas en la nariz realzaban mi sensación y postura de bebé. Me lavaron la cara con una toallita suave y, por supuesto, con jabón de bebé. Por todas partes olía a bebé al baño. Después del baño, tuve un ratito para jugar y luego salí a que mamá me secara. Por supuesto, no me permitieron ayudar. Una vez seco, mamá señaló el suelo indicando mi lugar. Me puse a gatas.

“Sigue los pasos de mamá”.

Caminó despacio, adaptándose a mi tambaleante gateo. El suelo frío se convirtió en alfombra mientras mamá me guiaba una vez más hacia la habitación del bebé.

Como de costumbre, me pusieron las esposas sin problema y me sujetaron las manos. Pensé que me iban a cambiar el pañal, pero mamá tenía otros planes. Mamá salió de la habitación un momento (me sujetaron para que no me cayera del cambiador) y regresó con dos artículos de plástico azules. No tenía ni idea de qué eran. ¡Pronto lo descubriría!

El primero, me explicó mamá, era un juguete que se ajustaba a mi pene y vibraba a distintas intensidades según lo que mamá decidiera por control remoto. Ya estaba muy excitado cuando mamá me cubrió el pene con abundante aceite de bebé y lo lubricó a fondo. El anillo se deslizó fácilmente hasta quedar en la base de mi pene. Me apretaba un poco, pero la sensación al encenderlo me hizo

gemir en voz alta. ¡Era algo nuevo! Mamá no dejaba de hablarme, recordándome que solo era un bebé, su bebé, mientras vibraba. Me tocaba muy suavemente, pero luego me daba fuertes palmadas en las piernas para recordarme que las mantuviera abiertas como un bebé, y luego otra vez con mucha suavidad. No dejaba de recordarme que era su hijo, su juguete, su pequeño bebé recién nacido, y que podía hacerme lo que quisiera. Sus palabras provocativas me excitaron, pero acepté al instante. Soy su bebé, su juguete. Sin duda.

Mamá me dijo que me tocara, que moviera la mano arriba y abajo de mi "piel", y al hacerlo, la intensidad de la vibración cambió ligeramente. Sentía un hormigueo en la polla y los testículos. Sin embargo, un momento después, mamá lo apagó y me quitó el anillo. Pensé que ya estaba, pero entonces mamá me enseñó un tapón anal de goma azul. Vi que era un dispositivo vibrador similar al otro. Nunca me habían insertado nada en el trasero y me sentía muy ansioso. Mamá me sonrió mientras me aplicaba aceite suavemente en el trasero y entre las nalgas. Con un suave estímulo, me introdujo el tapón anal.

Otra nueva experiencia.

Mi primer instinto fue expulsarlo, pero mamá me dijo que tenía que mantenerlo en su sitio. Dijo que quizás en el futuro lo insertaría y se aseguraría de que se quedara, obligándome a usar un pañal y unos pantalones muy ajustados.

Mamá me trajo un sonajero de muñeca y lo ató a mi "bragueta". Era el sonajero que habíamos comprado en nuestra primera compra. Mamá me dijo que había decidido que sería el *sonajero de la crema*. Cada vez que me lo ponía, le hacía una crema y tenía que hacer sonar las campanillas muy fuerte para que se sintiera satisfecha conmigo. Después de abrochar el sonajero, mamá me dijo que agarrara mi sonajero y me preparara para frotarme.

Cuando te diga que empieces, quiero que las campanillas de tu sonajero suenen mientras preparas una crema para mamá. Cuando te diga que pares, quiero que las campanillas de tu sonajero dejen de sonar. Y no te atrevas a hacer nada sin que yo te lo ordene.

"¡Comenzar!"

Empecé a acariciarme lentamente, pero mamá me exigió que fuera más rápido. Sentía la creciente humedad alrededor de mi pene y gemía de puro placer.

"¡Detener!"

Me quedé sin aliento.

"¡No te atrevas a hacer una cremosa!"

Logré contenerlo mediante varias repeticiones de los comandos de inicio y parada, pero sabía que lo inevitable no estaba lejos porque el tapón anal continuaba vibrando en mi trasero.

—¡Empieza! —susurró mamá por última vez—. ¡Déjame oír las campanillas!

Me masturbé con más fuerza mientras mamá se inclinaba hacia mí y me decía lo bien que estaba con mi bebé y lo bien que lo estaba haciendo. Finalmente, me dio permiso para correrme para mamá.

Mi respuesta fue instantánea.

Me abrumó, y las felicitaciones y la voz tranquilizadora de mamá lo empeoraron todo. Mamá me acarició la cara suavemente durante un minuto más o menos mientras me recomponía, y luego se burló de mí con ternura por haberme hecho semejante desastre de bebé.

Mamá me dijo que iba a dar un paseo con ella, pero como apenas estaba aprendiendo a caminar, tendría que llevar riendas para que ella pudiera asegurarse de que estuviera a salvo. ¿Afuera?

¿Riendas? ¿Seguro que no? No dije nada, pero estoy segura de que mis ojos reflejaban mi ansiedad.

Me miró y rió: "¡Estarás bien! Muchas mamás llevan a sus bebés a pasear con sus riendas, y yo no soy la excepción".

Chupé aún más fuerte mi chupete.

"Usarás ropa de niño grande para nuestro paseo".

Sentí cierto alivio, al menos momentáneamente.

Sí, usarás una camiseta de niño grande debajo de las riendas de bebé y pantalones sobre el pañal. Hace frío afuera.

Ella realmente iba a seguir adelante con esto. Iba a obligarme a seguir adelante con esto.

Juntó las manos con alegría y cantó: «¡Mamá y bebé! ¡Bebé y mamá! ¡Salgan a pasear!».

Pronto llevaba mi pañal grueso y pantalones debajo de mis vaqueros y mamá fue minuciosa en sujetar las riendas firmemente sobre mi parte superior. La rienda principal colgó detrás de mí por un segundo hasta que mamá la recogió y me sujetó. Bajé las escaleras delante de ella, consciente de la continua restricción y sensación de tirón. Ni siquiera podía caminar sin su control. Al pie de las escaleras, me dijo una vez más que "*me quedara quieto como un soldado*". Mecánicamente me puse firme, clavado en el sitio. El entrenamiento de bebés de mamá funciona sin que yo piense hoy en día. Hacía frío afuera, y mamá me permitió usar una chaqueta, pero tenía que permanecer abierta para que se pudieran ver el arnés y las riendas: un arnés amarillo con 'Baby' en la pieza del pecho. Esperaba que no fuéramos a ver a mucha gente. Al salir de la casa, me sentí aliviada al ver que no había nadie alrededor, aunque estaba segura de que podía oír voces. Miré a mi alrededor nerviosa.

Mamá se rió y dijo: "¡Es perfectamente normal que un bebé sea llevado con riendas!"

No estaba tan seguro. En la puerta del jardín, fui a abrir el pestillo. Eso me valió una reprimenda.

¿Qué haces? ¡Mamá hace eso! ¡El bebé no toca! ¡Qué mal!

Le siguió un manotazo. Había seguido mi instinto adulto de abrirle la puerta a una señora, pero había olvidado mi estatus. Aún tenía margen de mejora y podía aceptar mi regresión. Salimos de la puerta y mamá me dijo que la tomara de la mano mientras caminábamos. Fue una sensación espectacular: tomarnos de la mano y caminar con ella. Casi me sentí como dos adultos disfrutando del aire libre hasta que volvió a tomar las riendas y me dijo que podía caminar un poco y observar las cosas.

Dije en broma: “¡Quizás deberíamos haber traído a mi muñeco con nosotros!”

Ella metió la mano en su bolsillo y sacó mi chupete.

¿Crees que sacaría a un bebé sin chupete? Ven aquí, tonto.

Un ligero tirón y mamá me miró a los ojos mientras tomaba la tetina en su boca para humedecerla y luego la sostuvo hacia mí.

“Di por favor, mamá.”

Tragué saliva, respiré hondo y casi susurré: «Por favor, mami».

—¡Dilo más alto! ¡Por favor, mami! —repitió en voz alta.

“¡Por favor, mamá!”

“¡De nuevo!”

“¡Por favor, mamá!”

Hizo una pausa mientras consideraba mis súplicas y luego dijo: “¡Creo que deberías llorar por ello! Llora por tu chupete, como un recién nacido”. Su rostro se iluminó con una gran sonrisa ante la perspectiva.

Así que me quedé al aire libre, frente a mamá, llorando como un recién nacido. Llorando a gritos. Mamá parecía encantada con mi humillación. Debí de llorar intermitentemente durante al menos cinco minutos antes de que mamá finalmente me metiera el chupete con fuerza en la boca y lo dejara ahí.

—Vamos entonces, mi pequeño tonto —dijo ella.

Me guió por el sendero y nos quedamos mirando el paisaje. Mamá me señaló los pájaros y los animales. También no dejaba de llamar a gritos a su perro, que estaba entre la hierba alta. ¡Parecía irónico que el perro no fuera el que llevaba la correa! Caminamos y yo anduve a paso lento unos 15 minutos más antes de que mamá decidiera volver a casa. Tenía otras cosas que hacer esa mañana. A medida que nos acercábamos a la casa, empecé a sentirme más valiente. No habíamos visto a nadie y me había sentido muy bien paseando con mamá y un chupete en la boca. Fue muy relajante y natural. Una vez que me quitaron el chupete, le dije a mamá que me sentía más valiente.

—Bueno, veamos eso entonces —dijo con picardía, y con eso me dejó allí, en la puerta.

Me dejó allí, en la puerta, sin chaqueta y con los pantalones por los tobillos. Mi grueso pañal y las riendas estaban ahora a la vista de cualquiera que pasara. Para colmo de humillación, me dio el biberón para que lo sostuviera mientras me tomaba fotos. ¡Muchas! En cuanto dejó de reírse, me dijo que entrara a calentarme. Luego me desnudó, solo me quitó el pañal, y me indicó que subiera a la habitación del bebé. Me dijo lo bien que me había portado al caminar con cuidado sobre las riendas. Me llené de orgullo al oír sus palabras.

“¡Y mañana daremos un paseo mucho más largo contigo en tus riendas!”

Por su sonrisa y su mirada al desabrocharme el pañal, vi que no bromeaba. Tragué saliva y chupé con fuerza el chupete.

Afeitado para la infancia



Visite www.abdiscovery.com.au para obtener más libros de ficción y no ficción de este y otros fabulosos autores ABDL.